

zer sus exercicios. A todo faliò gusto-
fo el Conde, dexando orden para que
se dieffe calor, en cuyas expensas, y en
el regalo de los Religiosos anduvo
magnifico.

CAPITVLO XLIX.

*Maximas admirables de la santa po-
breza, que intima S. Francisco à sus
hijos, y de la conversion que hizo en
vn salteador famoso, llamado el
Lobo, por su crueldades,
y astucias.*

AVIENDOSE despedido el
Conde Orlando de el Santo
Patriarca su buer Amigo, lla-
mo à parte à los compañeros, y les
dixo: Dos años ha, que os hize dona-
cion deste Monte para vuestra habita-
cion, y cada dia estoy mas gozolo de
averla hecho. Solo faltaba para el cū-
plimiento de mi gozo el consentimie-
to de mi Amigo, y vuestro Padre Fran-
cisco; y pues ya le tengo, vosotros me
teneis à mi, y à todos mis successores
por Tutelares, y Patronos, para que en
todas vuestras necesidades acudais
con entera satisfacion de que fereis
focorridos. La mayor lisonja, que po-
dreis hazerme, es acordaros en vues-
tros aprietos de este indigno fiervo
vuestro, y me tuviera por el mas di-
choso hombre de el mundo, si ya que
yo no merezco serlo, me trataredes
como à hermano vuestro. Agradecie-
ron humildes tan afectuosas ofertas, y
dieron cuenta à su Santo Padre de to-
do lo dicho, con edificacion de cari-
dad tan ardiente, y tan exemplar, co-
mo la que experimentaban en aquel
generoso Cavallero.

De la admiracion de sus Hijos, hi-
zo el Santo Patriarca thema para vna
platica, en que les enseñò primores
de la santa pobreça. Grandes son,

les dixo, Hijos mios, las misericor-
dias de Dios para sus pobres, cuya
miseria pone à su Providencia en
particulares cuydados. Halla el po-
bre en el desprecio la estimacion, y
en la negacion de todo la abundan-
cia. Para entronizar al humilde, em-
plea sus dofeles el poderoso. Para so-
correr al pobre tiene como en depo-
sito sus riquezas el rico. Lo vno, y lo
otro es obra de vn mismo poder in-
finito, que gobernado por el acuer-
do de igual sabiduria, reparte los
empleos del merecimieto, para que
todos le hallen, quando por encon-
tradas, al parecer, sendas le busquen;
el pobre por lo que dexa, el rico por
lo que dà, haziendo à entrambos fe-
liz, al rico con la misericordia, y
al pobre con la miseria. Dichofo es
el Conde Orlando, que hallandose
favorecido de bienes de fortuna, no
los estanca con avaricia, sino los
derrama con liberalidad, para re-
gar con su caudal las sequedades de
el pobre. Es fiel depositario del Al-
tissimo, y sabe, que no tiene rique-
zas para desperdiciarlas en vani-
dades, sino para entregarlas à la
necesidad, esperando à que su Se-
ñor Supremo se las pida con la bo-
ca del menesteroso. Cumple Orlan-
do, Hijos mios, con la obligacion de
rico en ser liberal con el pobre;
con la de Señor en ser humano, afa-
ble, y cortès con el humilde. Resta,
pues, que nosotros, cuya profesion
es humildad, y pobreça, cumplamos
con ambas obligaciones, de suerte,
que nuestro porte, y corresponden-
cia sea vna santa emulacion de sus
virtudes. Seamos, pues, humildes
agradecidos; y seamos, pobres no
importunos. El agrado, y huma-
nidad de este, y otros Señores,
debemos admitirle con discreta
humildad, sin estrañarle con ha-
zañeria impertinente. Venera la
gran-

grandeza à la virtud, y la piedad à
la Religion; atiende el Habito, y
prescinde de el fugeto, despreciese,
pues, en su conocimiento proprio el
sujeto, y no desdene las estimaci-
ones de su Habito. El rico, que se o-
frece al focorro de la necesidad, sea
asylo en el aprieto, pero no piense el
pobre, que tiene fincas en su libera-
lidad. La finca de nuestra pobreça
solo en Dios es segura, y si vna vez se
pone en el hõbre la confianza, sobre
los riesgos de falida, pierde las cali-
dades de santa, y aun fuera à la divi-
na providencia, en cuyos brazos nos
arrojamos, injuriosa. Pensar, que por
que el Señor es rico, y se ofrece li-
beral à nuestro focorro, ha de ser el
blanco de nuestras esperanças, es, y
serà vanissimo delirio, pues debien-
do no conocer mas refugio, que el
de Dios, recurrimos à la criatura de-
xando lo cierto por lo dudoso. Hi-
jos no quiero que mientras vivimos
en esta peregrinaciõ, pensemos, que
ay en el mundo para nuestra neces-
sidad mas focorro, que el que ne-
gociare nuestra vergonçosa mendi-
guez, ò el sudor de nuestro rostro.
Para nuestra necesidad todo el
mundo serà Orlando, si diéremos
buenos exemplos al mundo. Nuestra
virtud es acreedora de la piedad a-
gena, y si ambiciosos de indecentes
conveniencias, y poco confiados,
nos valieremos de medios agenos
de nuestra profesion, para focorrer
nuestra pobreça, serà por instan-
tes mayor nuestra penuria, y los ar-
bitrios saldràn todos falidos. En es-
ta, y otras conferencias espirituales
con sus Hijos gastò el Santo algunos
dias en este Monte; y en ellos succidiò
el caso siguiente.

Entre las muchas quebradas, que
al Monte Alberna le hazen, por par-
tes, inaccesible, y à las plantas hu-
manas intratable, es vna la division de
Parte I.

dos peñascos, que puestas de frente à
frente, descubren vn profundo preci-
picio. Distan el vno del otro corto es-
pacio, pero no puede aver passo de el
vno al otro, sin el Beneficio de algun
puente, que los vna. A este sitio con-
duzia vn famoso salteador à los desa-
viados caminantes, à los quales des-
pojados, echando vn puente levadizo
à la punta del frontero peñasco, los
dexaba de la otra parte, sin apelacion
à humano remedio. Eran los insult-
tos, y robos, que con este diabolico
ardid tenia cometidos, tantos, que so-
lo su nombre era escandalo, y assom-
bro de toda aquella tierra, y por sus
industrias, y crueldades, le llamaban
el lobo. Sintió este Vandolero mucho
la nueva fundacion, que se hazia en
el Monte, como embaraçosa à sus in-
fames designios. Embiò à dezir à los
Frayles con vno de sus foragidos, que
trataffen de desamparar el puesto, y
suspender la obra, porque de no ha-
zerlo así, à ellos, y al Conveto los pe-
garia fuego. No le valian à la pobreza
sus privilegios de segura entre ladro-
nes; pero la confianza, que tiene pue-
ta en Dios la virtud, hizo à los Fray-
les esta vez animosos, y aun intrep-
idos, porque respondieron, que no de-
xarian el Monte por sus amenazas,
que le dexasse el, sino queria experi-
mentar las iras de Dios, embaraçan-
do, para executar insultos, el sitio, que
consagraba para el culto Divino la
piedad Religiosa. El Vandido, que
entendia muy poco de devociones, y
estaba bien cursado en atrocidades;
irritado con esta respuesta, tomò las
armas para vengar su enojo, y ajustar
à su satisfacion su intento.

Llegò de manõ armada al sitio,
donde estaban los Religiosos, los qua-
les yà con la vista de el peligro, que-
daron atonitos, y cortados, y no
tuvieron otro recurso, que llamar à su
Santo Maestro, para que templasse las
sus

furias de aquella fiera. Salió el Santo armado de humildad, y mansedumbre, y aguardó à que desfogasse en brabatas; y tomando la mano para responderle, y aplacarle, fueron tan eficaces, y persuasivas sus razones, que defarmaron todo el furor, y enojó de el Vandolero, obligado este de aquella modestia, y mansedumbre le dió permiso, para que el, y sus Frayles habitassen el Monte; y aun le rogó lo tuviesse por bien, le visitasse alguna vez, que lo tendria à buena suerte, por la mucha aficion que le avia cobrado. Viendo el Santo, que los poderosos atractivos de la humildad, empeçaban à furtir efecto, le concedió benigno lo que pedia, pareciendole, que aquella fiereza se amansaria con el trato. Así sucedió, pues movido de la vida austeríssima, y exemplar de aquellos Varones Santos, entró en conocimiento de los defueros de la fuya, y advirtiendola llena de peligros, que todos le llevaban por la mano à vna perdicion eterna, trató de mudarla, y mejorarla en las seguridades, y paz, que para esta, y la otra vida, trae consigo la profesion de la virtud. Tocado del golpe de este defengaño, pidió el Habito con propósitos de corregir cō el exemplo los daños que avia ocasionado con sus escándalos. Examinada su vocacion, se le dió el Glorioso Patriarca, trocando al lobo en manso cordero, y à este intento de mudança tan maravillosa, le mudó el nombre en el de Fr. Angelo; titulo, que desempeñó con la mansedumbre, humildad, silencio, y otras virtudes, en que fué despues eminente, y exemplarissimo. De los prodigios de su vida, daremos à su tiempo noticia mas copiosa. Oy en el Monte aquellos dos peñascos, de cuya aspereza se valia para sus insultos, conservan su memoria con el primero nombre, que le dió su ferocidad, y se llaman la carcel de Fray Lobo.

CAPITULO L.

Referense casos particulares del espíritu de profecia, con que Dios ilustró al Glorioso San Francisco.

DExando orden conveniente en las cosas tocantes al Monte Alberna, llegó nuestro Santo al Convento de Monte Cafali; y estando en Oracion, le reveló el Señor, que avia allí reliquias ocultas, que por injuria de los tiempos avian perdido la veneracion, y estaban sepultadas en olvido. Dióle pena verlas defraudadas de culto, por la inculpable incuria de los hombres, y no pudiendose detener, para que se facassen del lugar en que estavan escondidas, y se colocassen con decencia, mandó à sus Frayles, que tomassen esto por su cuenta, diziendo, que las hallarian en vna Hermita desierta, que estava en el campo. Ausentóse el Santo, y los Frayles por olvido, ó por omision, no cumplieron el mandato. Sucedió, pues, que vn dia, quando avian de celebrar la Missa Conventual, estando componiendo el altar, hallaron debajo de la sabana, que cubre el ara, vnos hueffos, cuya extraordinaria hermosura, y olor suavissimo, que exhalavan, eran testimonio, y recomendacion de ser santos, y que en aquel lugar tantas vezes registrado de los que celebraban en el, y cuydaban de su asseo nunca vistos, no estaban puestos por humana mano, sino aparecidos por ministerio Angelico. Quedaron confusos, y pesafosos, de no aver puesto en execucion el precepto de su Santo Maestro, reconociendo en el inopinado hallazgo vna acusacion de su descuydo. Para certificarle mas del suceso, registrarón en la Hermita

el

el lugar, que les dexó señalado el Santo, y no hallaron rastro alguno, con que conocieron ser aquellas las reliquias, que les dexó encomendadas, y que debieron antes estar colocadas en veneracion. Bolviendo el Santo por aquel Convento, preguntó cuydoso, si se avian puesto en parte decente las reliquias, que les dexó encomendadas, y ellos entonces refiriendo todo el suceso, confesando con humildad su omision. Oyólos con alguna severidad, que temió su rendimiento, y dixo: Sea por toda la eternidad bendito, y alabado el Señor, que no quiso que se debiesse à humanas diligencias la veneracion de sus Santos: y permitió vuestro descuydo, para manifestar el cuydado de su providencia, en la honra de sus fieles siervos. Llegando à este suceso el Serafico Doctor San Buenaventura, dize estas palabras, dignas de la excelencia de su espíritu. Ponderad mortales el cuydado, que Dios pone en honrar las humildes cenizas de los que fielmente le sirven, y ved, quan grande era en sus ojos la virtud de Francisco, pues à quien los hombres descuydos, y omisos, no obedecieron, tomó el Señor por su cuenta, que su mandato no fuesse irritado, y fuesse obedecido.

Entró en la Marca de Ariconá sembrando beneficios, y virtudes, y cogiendo frutos de bendicion en muchas almas convertidas, que dexaron las vanidades peligrosas del mundo, y se asseguraron en el asylo de la Religion. Llegó à Fabriano, illustre poblacion, sita al pie de los primeros collados, que componen la basta pesadumbre del celebrado Apenino. Pusose à predicar la palabra de Dios en la Plaza, à tiempo que vnos Albañales estaban ocupados en la fabrica de vna casa. El ruydo de las escodas, que la-

Parte I.

braban las piedras, y las destempladas voces de los peones, embaraçaban la atencion de el auditorio, porque se perdia entre aquella confusion la voz del Predicador. Pidióles, que suspendiessen aquel breve rato la tarea, pero defatentos à su ruego, y descorteses, no le dieron oídos. Replió el Santo: Casa que Dios no fabrica, en vano se fatigan, y trabajan los que la levantan, y presto dexará de ser edificio, y será ruina. Ya la vereis cayda, y la vanidad de vuestro trabajo castigada. Cayráse, pero sin daño de hombres, y animalee. Presto lloraron su defatencion con el escarmiento, porque aquel mesmo dia se vino toda desplomada al suelo, sin que sus ruynas hiziesse daño à viviente alguno.

Acabado el Sermon, se fué à defansar à la casa de vna Señora viuda devota fuya, à la qual preguntó, como à caso, como se llamava vn Valle, que estava à la vista? Respondió: Padre, à esse le llaman el Valle Pobrecillo; y el Santo con espíritu profetico dixo: pues esse pobrecillo Valle, será en algun tiempo mansion de mis Frayles pobrecillos. Tuvo efecto esse vaticinio algunos años despues, y precedieron algunas circunstancias, que pudieran aver enflaquecido el credito de esta profecia, porque el año de mil docientos y treinta y quatro, admitieron los Religiosos para Convento vn sitio junto à vna de las puertas del lugar, donde oy está la Iglesia del Santo Angel, lexos, y muy extraviado del Valle Pobrecillo. En este vivieron algunos años, y huvieran vivido muchos, sino fuera por las guerras civiles, que molestarón à Italia de Guelfos, y Gibilinos, en cuya hostilidad fué demolido el Convento por vna de las partes. Ya cessando las guerras, se trató de fabricar otro

T 3

nue-